



NO TOQUES MI LIBRO DE HECHIZOS

CARMEN FERNÁNDEZ VALLS





© Ediciones DIQUESÍ
© de la autora: Carmen Fernández Valls
Ilustraciones: Mapy Hernández
Edición: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera
novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com
ISBN: 978-84-125013-2-2
Depósito Legal: M-22826-2022
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid 2022
Impreso en España por Estilo Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

NO TOQUES
MI LIBRO DE
HECHIZOS



Para Lucía y Mar.



EL PREGONERO

NOTICIAS

UN DRAGÓN DORADO SE ESCAPA DEL ZOO DE LEJANÍA

«El hecho tuvo lugar la madrugada del lunes al martes.

Los responsables del parque zoológico dicen que fue debido a un corte en la red mágica que protege el recinto de los animales peligrosos. Algunos vecinos de la zona creen haber divisado al dragón dirigiéndose hacia la Tierra de los Volcanes.

Se ofrece un millón de monedas de oro a quien consiga atraparlo y llevarlo de nuevo a su jaula».

Demasiado peligroso, pensó Cristian Valiente, y demasiado difícil. Ese dragón podía estar en cualquier parte del mundo. Como decía la noticia, lo más seguro era que hubiera ido a la Tierra de los Volcanes donde vivían los dragones, pero eso quedaba muy lejano.

EL LADRÓN GREGORIO VUELVE A FUGARSE
DE LA PRISIÓN DE ANTRO

«El famoso ladrón Gregorio ha escapado de la prisión de Antro en la que estaba encerrado en una celda de máxima seguridad. Se desconoce cómo ha podido ocurrir algo así. Y se advierte a la población de que tenga cuidado, ya que se trata de un delincuente muy peligroso».

Cristian se quedó esperando a que el pregonero terminara de dar la noticia, pero al parecer el caso estaba bajo secreto de sumario y las autoridades todavía no habían decidido ponerlo en búsqueda y captura. Lo que suponía que esta noticia no traía consigo ninguna oferta de empleo.

NUEVOS DATOS SOBRE LA DESAPARICIÓN DEL VELAZUL

«Continúan las labores de búsqueda del Velazul, el navío real perdido en aguas internacionales...».

Cristian aprovechó este momento para tomar algunos apuntes en su libreta. Odiaba esa noticia. Todos los jueves la repetían y Cristian no entendía por qué lo hacían, si nunca había ninguna novedad.

EL REY DE LAS MONTAÑAS TENEBROSAS OFRECE
UNA GRAN RECOMPENSA A QUIEN CONSIGA CURAR A
SU HIJA DE LA EXTRAÑA ENFERMEDAD QUE PADECE

«La princesa Sol de las Montañas Tenebrosas sufre una extraña dolencia. Desde hace unos meses la hermosa joven se muestra triste y abatida en todo momento y se desconocen las causas de este estado de ánimo. Ha sido visitada por los médicos más prestigiosos de la zona y ninguno ha logrado dar con el origen de su enfermedad, por lo que se piensa que quizá pueda ser víctima de algún hechizo. Aquel que consiga acabar con su dolencia recibirá el premio de mil monedas de oro».

Si esa noticia hubiera sido pregonada en la época de su padre, lo que se habría ofrecido a cambio habría sido la mano de la princesa, pero desde hacía algunos años las cosas en ese sentido estaban empezando a cambiar y las princesas habían dejado de ser un premio. Durante mucho tiempo, un porcentaje muy elevado de ofertas de trabajo para héroes estaba relacionado con princesas a las que les pasaban cosas de lo más extrañas, como quedarse encerradas en lugares a los que era casi imposible acceder o sufrir hechizos que solo podían romperse con besos de amor verdadero dados por desconocidos. Cris no terminaba de confiar en esa oferta de empleo, pero estaba ya harto de esperar; y de todas las ofertas que habían

salido ese día, esa era la que mejor pintaba. Las Montañas Tenebrosas estaban muy cerca de la aldea, a tan solo unas horas a caballo y a un poco más de un día si se iba a pie.

Lo más seguro era que no lograra salvar a la princesa, pero el hecho de presentarse allí podría servirle de experiencia. Y si por algún casual lo conseguía —lo que era bastante improbable, pero no imposible—, mil monedas de oro era muchísimo dinero. Es verdad que luego se quedaría en menos por las retenciones fiscales, pero aun así, la cantidad de cosas que podría hacer él con ese dinero le parecía infinita.

Cris guardó su libreta en el bolsillo y se dirigió a su casa. Todavía quedaban las noticias del mundo del corazón y la crónica deportiva, pero esas secciones nunca las escuchaba, porque ni los cotilleos de las casas reales, ni los combates de espadas o las carreras de animales fantásticos le interesaban lo más mínimo.

1

LA CASA DE CRISTIAN ESTABA a las afueras de la aldea. Tenía un patio bastante grande en el que había un pequeño huerto donde su padre cultivaba todo tipo de hortalizas.

El principal problema era que las golondrinas se metían sin permiso en el patio para comerse las verduras y lo ensuciaban todo. Por eso su padre pasaba más tiempo inventando artilugios para librarse de ellas que preocupándose por lo que crecía en el huerto.

Cuando Cristian entró en el patio, se encontró a su padre armado con la escoba en plena pelea contra unas golondrinas que planeaban a su alrededor como dragones de combate.

—¡Papá!

Su padre no respondió, estaba demasiado concentrado en la batalla como para poder hacerle caso.

—¡Papá! Me voy a las Montañas Tenebrosas, ha salido una oferta de trabajo.

Su padre se giró de golpe, pero no por las palabras de Cris, casi ni las había escuchado, sino para intentar alejar a un golondrina de las lechugas, y eso casi le hace caer.

—¿Quieres dejar a las golondrinas de una vez? ¿Me has oído? —gritó Cris enfadado.

—Está bien, vamos.

Su padre soltó la escoba y se metió en casa con su hijo; sabía que si seguía en el patio, no lo escucharía.

—No está mal —dijo su padre sin emoción después de que Cris le relatara los detalles de la oferta de empleo—. Puedes intentarlo, desde luego es mejor que nada.

Cris se quedó un poco chafado. Sabía que no podía esperar demasiado entusiasmo por parte de su padre, pero tampoco una reacción tan seca. Al fin y al cabo, era la primera vez que iba a salir de la aldea y eso para él ya era importante.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no lo conseguiré?

—No lo sé. No acaba de convencerme.

—Al menos haré algo, siempre será mejor que estar aquí haciendo cursos por correspondencia.

Conviene explicar que lo único que hacía Cristian Valiente era precisamente eso: cursos por correspondencia. Cada lunes recibía la revista *Esgrima*, que era la que menos le gustaba, porque además de tener un montón de publicidad, la esgrima no era su disciplina favorita. Pero como su hermano se había suscrito hacía tiempo, él seguía recibéndola y de vez en cuando le echaba un vistazo. El martes llegaba un fascículo

de la colección de *Inventores de madera* para su padre, que desde que no tenía trabajo, también se había apuntado a los cursos por correspondencia. El miércoles, el cartero traía tres fichas de *Conoce el mundo*, una colección que estaba formada por mil quinientas fichas ordenadas por orden alfabético en las que se suponía que estaba recogido todo el saber conocido. Los jueves eran los días en los que llegaba el pregonero a la aldea y leía el bando donde se informaba de las noticias, las ofertas de trabajo, las novedades del mundo del corazón y la crónica deportiva. El viernes era el mejor día porque llegaban los libros de lectura y a Cristian le encantaba leer. Y los sábados y los domingos, ni los pregoneros ni los carteros trabajaban.

Su padre volvió al patio. Él era así.

Cuando Juan, el hermano mayor de Cris, vivía con ellos, era diferente; mostraba interés por las cosas. Pero después de dos años sin tener noticias suyas, se había ido volviendo cada vez más cerrado y apático.

Cris, en cambio, llevaba tanto tiempo soñando con ese momento que, antes de empezar a prepararlo, el zurrón en el que llevaría sus pertenencias estaba ya prácticamente hecho. No perdió ni un minuto en decidir cuáles eran las cosas necesarias y de cuáles debía prescindir. Algunas monedas, algo de comida y un cuchillo. Habría sido mejor una espada, pero un cuchillo abultaba menos, y no tenía ninguna espada (a excepción de la que le había hecho su padre de madera para que jugara de pequeño).

—Adiós, papá —se despidió cuando ya estaba saliendo por la puerta.

Su padre no respondió, estaba ocupado elaborando un sistema cazagolondrinas que había visto en un fascículo de *Inventores de madera* y que haría que cuando la golondrina se acercara a su huerto fuera apresada por algo que la enviaría tan lejos que le resultaría imposible encontrar el camino de vuelta.

—Adiós, papá —repitió.

—Venga, vete ya —le respondió su padre sin mirarle.

Cris no se ofendió. Sabía que a su padre no le gustaban las despedidas.

Cerró la puerta al salir y se puso en marcha sin mirar atrás.



2

LOS HABITANTES DE VILLAOSCURO NO habían visto tanto jaleo en el pueblo desde que la princesa Luna puso un anuncio para buscar un marido; lo que significa que nunca habían visto tanto jaleo, porque la princesa Luna había vivido hacía más de doscientos años y ninguno de los habitantes vivos de ese pueblo había nacido aún por entonces.

Como era de esperar, cuando Cris entró en Villaoscuero, la posada estaba completa. La había ocupado un príncipe extranjero que viajaba con todo su séquito. Tampoco quedaba sitio en las casas de los vecinos del pueblo, que habían acordado alojar a duques, condes y otros nobles a cambio de valiosas joyas o monedas de oro.

Los chicos como él se dividían en dos grupos. Los afortunados, que podían pasar la noche en establos y pajares a cambio de un módico pago; y los no afortunados, que tendrían que dormir a la intemperie. Cris ya estaba casi con-

vencido de que estaba en el bando de los no afortunados cuando algo cambió su suerte.

—Está bien, dos monedas, pero nos quedaremos los dos.

Un chico alto con una capa descolorida y botas anticuadas le había cogido por el brazo y hablaba con la dueña de un pajar.

—Entonces, tres —replicó la mujer.

—¿Qué dices, chico? ¿Puedes pagar tres? —le preguntó el muchacho de la capa descolorida.

Hacía demasiado frío para dormir a la intemperie. Incluiría una manta como complemento imprescindible para su próxima aventura.

—Dos, la otra la pagas tú —respondió Cris.

Lo justo habría sido decir «una y media», pero por aquel entonces no existían las medias monedas.

—Trato hecho.

El pajar no estaba mal. Era un lugar cubierto y la dueña había tenido el detalle de dejarles unas sábanas y un par de mantas para que pudieran hacerse una cama improvisada.

—Gracias por ayudarme a encontrar un lugar donde pasar la noche. Si no es por ti, me habría congelado —dijo Cris.

—No tienes por qué dármelas, si no es por ti, yo tampoco dormiría aquí esta noche. Solo tengo una moneda y la mujer insistía en que por menos de dos, no alquilaba el pajar. ¿Vas a las Montañas Tenebrosas?

—¿Y quién no? No creí que fuéramos tantos —respondió Cris.

—Ya ves, yo tampoco lo imaginaba.

—Por cierto, soy Cristian, aunque todos me llaman Cris.

—Yo me llamo Dimas.

—¿Es la primera vez que sales de aventura? —preguntó Cris, al que le gustaba haber encontrado a alguien que estuviera en su misma situación.

—Sí y no, es un poco largo y complicado de explicar —respondió Dimas.

Cris pensó en todo lo que debía de haber vivido aquel muchacho. Su ropa no parecía precisamente nueva. Capa descolorida, botas rojas, pantalón de un tono indefinido y camiseta azul. Una combinación propia de alguien que o no sabía mezclar colores o había pillado lo que había podido.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Mañana será un día duro. Buenas noches —dijo Dimas.

—Sí, buenas noches.

* * *

Cris se levantó unos minutos antes del canto del gallo, cuando el cielo comenzaba a cambiar de color. A su lado no había nadie. Dimas había madrugado más que él y se había marchado.

Le habría gustado salir directamente hacia el castillo para estar allí entre los primeros, pero antes tenía que desayunar

algo. Era un día importante y necesitaba fuerzas. Al abrir su zurrón se dio cuenta de que le faltaba el cuchillo, uno de los panecillos, varias lonchas de jamón y todas las monedas. ¿Cómo había podido ser tan tonto de no guardar el dinero en un sitio diferente.

¿El calcetín, por ejemplo? Ese chico... ¡se iba a enterar cuando lo viera!

Se tomó el panecillo que le quedaba mojado en miel, ya que no podía untarlo sin cuchillo.

La dueña de la casa barría la entrada tranquilamente. Por un momento pensó que le debía tres monedas y no iba a poder pagárselas, pero enseguida recordó que la mujer insistió en que el pago se hiciera por adelantado. Fue más lista que él, lo que tampoco quería decir que aquella mujer fuera un genio, sino que él había sido súper tonto. Tenía que haberlo visto venir. Era evidente que ese tipo no era fiable.

—Vamos, chico, tu amigo hace un rato que ha salido.

—No era mi amigo.

La mujer hizo caso omiso del comentario.

—Date prisa, en el pueblo ya no queda nadie. Vas a llegar el último al castillo.

* * *

En lo alto de las Montañas Tenebrosas se alzaba un imponente castillo de piedra oscura y a mitad de la ladera, casi

llegando a la cima, se veía el carruaje del príncipe custodiado por varias filas de jinetes. Era la carretera principal, solo apta para los que tenían dinero para pagar el peaje. Él, como muchos otros, tendría que ir por el camino de la parte oculta de la montaña.

El principio era llano y arbolado, pero a medida que avanzaba, el sendero se volvía cada vez más estrecho, empinado y pedregoso. Se paró varias veces a beber agua. La cumbre parecía estar a la vuelta de cada giro, y sin embargo tenía la sensación de no llegar nunca.

A mitad de camino, un sonido llamó su atención. Era una especie de lamento que procedía de algún lugar entre la vegetación.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

No obtuvo respuesta, pero el sonido continuaba. Aunque corría el riesgo de perderse entre la maleza, salió de la senda marcada para ver qué ocurría.

Una pequeña cabra montesa estaba atrapada entre unos arbustos. Cris se acercó despacio. Apartó una de las ramas con cuidado de no dañar al animal y la cabra, al quedarse liberada, se convirtió en un hada de cabellos color miel. Cris siempre se había imaginado a las hadas como chicas guapísimas de las que salían rayos de luz, pero el ser que tenía ante sí habría podido confundirse con una muchacha humana, si no fuera por sus grandes alas blancas, y porque antes era una cabra montesa...



—Soy el hada Blanca. Me has ayudado, y para recompensar tu bondad te concederé tres favores.

Cris no se sorprendió. Las cabras montesas no se enredan con tanta facilidad en los matorrales.

Lo que no esperaba era recibir ayuda tan pronto.

—Quiero salvar a la princesa, pero no sé con lo que me voy a encontrar, ¿podré solicitar tu ayuda allí?

Pensó que se reiría y le diría algo así como: «Da media vuelta, que la princesa ya está siendo ayudada».

—Claro, solo tienes que pronunciar mi nombre tres veces y acudiré en tu ayuda. Pero solo podrás pedir tres favores, piénsalos bien.

Cris asintió con la cabeza y el hada desapareció.